

DE UN POSIBLE SENTIDO DE LA EXPRESIÓN «JESÚS NUNCA SE RIÓ»

Alejandro Mesa Villajos
Universitat Autònoma de Barcelona
alejandro.mesa2@gmail.com

Resumen: ¿Puede contener el libro del Génesis un punto de partida para estudiar el rastro de la risa en la tradición de Occidente? Cabe sobrepasar el estudio fenomenológico de la risa humorística: una hipótesis puede ser considerar a esta como un Absurdo en el seno de la Razón. Como la fe. Fe y risa van aunadas, sí. Y si se sigue el nexo que une a Abraham con Jesús, se podrá entender, tal vez, el significado de la célebre expresión: «Jesús nunca se rió».

Palabras clave: Risa, absurdo, razón, fe, duda, convicción, sacrificio, Abraham, Isaac, Jesús.

Abstract: Can contain the book of the Genesis a starting point to study the presence of laughter in the Western tradition? It should exceed the phenomenological study of humorous laugh: A hypothesis may consider this as an Absurd in the Reason. As faith. Faith and laughter are coupled, yes. If the link that unites Abraham to Jesus continues, it will be understood, perhaps, the meaning of the famous saying: «Jesus never laughed».

Keywords: Laughter, absurd, reason, faith, doubt, conviction, sacrifice, Abraham, Isaac, Jesus.

Presentación del tema

Una hipótesis de trabajo muy sugerente a la hora de abordar el estudio del fenómeno de la risa humorística (entendida como consecuencia de las expresiones humorísticas y, por tanto, capital a la hora de querer adentrarse en una filosofía del humor), es la de la contraposición de discursos. Así se puede tratar, también, desde un primer momento el tema de la supuesta (y presumible) mala reputación de la que el humor ha gozado en Occidente.

Desde esta óptica, y siguiendo la distinción de Richard Rorty¹, se puede entender que una cierta desubicación o marginalidad de la risa y el humor se explica, al menos parcialmente, atendiendo a un conflicto entre discursos metafísicos y discursos ironistas.

Los primeros, que patrocinan lo que un servidor ha denominado Razón clásica², buscan la

¹ Rorty, Richard (2011), *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós. Véase especialmente, pero no exclusivamente, el capítulo 4, «Ironía privada y esperanza liberal», en el que Rorty confronta dos visiones sobre el conocimiento humano: la ironista y la metafísica.

² En mi propio trabajo de máster o tesina que es, a su vez, la antesala de toda mi investigación presente («Humor y estigmas: la marginación del sentido del humor en la tradición occidental») esboqué muy someramente el concepto de «Razón clásica»: aquel patrón o esquema de pensamiento que ha regido el pensamiento occidental, al menos, desde Platón hasta la ruptura posmetafísica marcada por Hegel/Kierkegaard/Nietzsche. Esta «razón» se caracteriza por su discurso esencialista, su obediencia estricta a la lógica (especialmente al principio de no-contradicción), su exigencia de armonía, su apelación a las intuiciones y a la Verdad...

esencia detrás de las cosas, anhelan la Verdad y el léxico último correcto. Apelan a la lógica.

Los segundos no creen en esencias sino, más bien, en convenciones y, por tanto, no anhelan ninguna verdad (que es también convencional en el sentido en que Nietzsche trata la verdad en *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*). Consideran que «léxico último» solo apela a aquellos términos de nuestro lenguaje que no podemos justificar porque son los cimientos del mismo. Ahora bien, no creen que estos términos estén por encima, en ningún sentido ontológico, de cualesquiera términos de otros posibles léxicos últimos. No hay una opción «correcta». Por ello, el instrumento intelectual más adecuado para el ironista es la dialéctica.

Si uno se adentra un poco en los mecanismos que accionan la risa humorística, y, a su vez, estudia ciertas expresiones humorísticas, puede evidenciar fácilmente que estos mecanismos se basan, en buena medida, en inadecuaciones³ y, también, en socavar o transgredir principios dados por sentido⁴.

Ateniéndonos a la vigencia de lo que se ha denominado como discurso metafísico durante largo tiempo, se puede empezar a dilucidar una suerte de fricción entre la risa humorística y lo que se ha citado como Razón clásica. Considerando, entonces, la posibilidad de que todo lo relacionado con la risa humorística sea difícil de compatibilizar con un discurso imperante durante largo tiempo que abogaba, sobre todo, por la lógica y el esencialismo, se puede calificar la risa humorística como un Absurdo⁵. Entendiendo Absurdo en un sentido elemental y eminentemente lógico: como «contrario a...». En este sentido, la risa se puede entender como un Absurdo en el seno de la Razón (clásica): no obedece a su patrón/esquema ni parece poder ser asimilada por esta. ¿Pero es un caso único de Absurdo?

Fe y Risa

Realmente no. La risa no es el único Absurdo que nace en el seno de la Razón. Al menos hay otro más que ha gozado de una capital importancia para la tradición occidental: la fe. La fe es un absurdo en cuanto, en sentido judeocristiano, significa creer que para Dios todo es posible⁶. Incluso lo que, en teoría, está marcado como racionalmente imposible. Y también es un Absurdo en cuanto esta

3 Monro, D. H. (1988), «Theories of humor», en <https://www.msu.edu/~jdowell/monro.html> (2011). Monro postuló a finales de los años 80 del pasado siglo una serie de teorías (más bien: grupos de teorías) que intentaban explicar la risa. No obstante, se evidenció como particularmente pertinente con la risa humorística el grupo denominado como teorías de la inadecuación. Según estas, muy someramente, lo que nos provoca risa es la percepción de algún tipo de inadecuación y/o sorpresa en el transcurso de lo esperado. Para el filósofo Vittorio Hösle (Hösle, Vittorio (2006), *Woody Allen. Filosofía del humor*, Barcelona, Tusquets), este grupo de teorías sería particularmente interesante en cuanto se centra en el objeto de lo cómico y no en los emisores y/o receptores de los mensajes.

4 Eco, Umberto (2012), «Lo cómico y la regla», en su *La estrategia de la ilusión*, Barcelona, Debolsillo. Eco explica que lo que hace particularmente problemático a «lo cómico» (en contraposición con «lo trágico») es el hecho de que en «lo cómico» se da un paso más allá de la transgresión de una regla: esta se obvia, no es reiterada y, por tanto, ni se legitima ni se comprende la transgresión si no se conoce profusamente la regla violada (y, aún así, «lo cómico» puede considerarse de mal gusto, si se considera, por ejemplo, que la regla vulnerada tiene un carácter sagrado o inviolable).

5 *Stricto sensu* lo Absurdo, lo que choca con la razón, es la expresión humorística. Sin embargo, la risa humorística es la consecuencia esperada de x expresión humorística. Y la consecuencia que se deriva de un Absurdo, no puede dejar de ser un Absurdo.

6 Eliade, Mircea (2006), *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza, p. 154.

creencia no se sustenta en nada más que en ella misma: no hay un por qué creer más allá de la creencia misma.

Pero no es totalmente aleatorio aunar fe y risa como los dos grandes Absurdos en el seno de la Razón clásica occidental.

Ted Cohen, profesor de la Universidad de Chicago, hace una brillante disquisición en su libro *Jokes*⁷ sobre los acontecimientos que narran la historia de Abraham e Isaac en el Génesis. Concretamente, sobre los fragmentos del anuncio de su nacimiento («Alianza y circuncisión»; Gn 17 y «La teofanía de Mamré»; Gn 18) y de su sacrificio («Sacrificio de Isaac»; Gn 22)⁸.

Isaac, literalmente, significa en hebreo «risa», «reirá» o «se ha reído». Si bien es cierto que su nombre parece derivar, en un primer momento, de la reacción que provoca tanto en Sara como en Abraham el anuncio de su nacimiento⁹, Cohen (y no es el único) ha tratado de ver algo más.

El sacrificio de Isaac, desde esta visión, podría interpretarse, también, siguiendo la etimología, como el sacrificio de la risa. Simplificando: Dios pone a prueba la fe de Abraham pidiéndole que sacrifique la risa.

Fe o risa

No se puede obviar, y no se pretende, que Isaac es «el» hijo de Abraham. Porque si bien Abraham ya había sido padre con anterioridad (de Ismael), Isaac significa muchas cosas:

«Y en cuanto a Ismael, te he escuchado: yo lo bendigo, le haré fructificar y lo multiplicaré sobremanera. Doce jefes engendraré, y haré de él un gran pueblo. Pero es con Isaac, el que Sara te dará a luz el año que viene por este tiempo, con el que yo estableceré mi alianza» (Génesis 17, 20-21).

Ismael significa el legado político de Abraham. Pero Isaac significa la alianza de Dios, sellada, con el pueblo de Abraham. Es el legado de fe. Pedir el sacrificio de Isaac, por tanto, significa poner a prueba la fe. No solo de Abraham, sino del pueblo de Abraham, al que Dios hará multiplicarse¹⁰. Es una forma de sellar y resellar el pacto entre Yahveh y el pueblo hebreo.

Pero, la cuestión es saber si hay una alternativa a la fe. La fe es, por definición, convicción. Es estar convencido de que para Dios todo es posible y que su palabra, aunque incomprensible, no es vana. Es instalarse en la seguridad.

La petición del sacrificio de Isaac no puede ser comunicada, comprendida o permitida bajo ningún umbral ético/general. Kierkegaard evidenció muy claramente la soledad de Abraham¹¹. Por tanto, no hay un subterfugio que justifique la acción de sacrificar a Isaac.

⁷ Cohen, Ted (2001), *Jokes. Philosophical thoughts on joking matters*, London, The University of Chicago Press.

⁸ Todas las citas bíblicas de este artículo están tomadas de La Biblia (2004), Barcelona, Herder.

⁹ Tanto Abraham como Sara ríen (el primero lo exterioriza y la segunda se ríe en «su fuero interno»), al decirles Dios que van a concebir un hijo (Génesis 17, 15-17 y Génesis 18, 12-13). Cabe recordar que Abraham tenía 100 años y Sara 90. La risa también aparece en Sara después del nacimiento de Isaac (Génesis 21, 6).

¹⁰ Génesis 15, 5.

¹¹ Kierkegaard, Sören (2009), *Temor y temblor*, (trad. Vicente Simón Merchán), Madrid, Alianza.

En Abraham, no obstante, no hay alternativa porque es el caballero de la fe: ha dado un paso más allá de la resignación absoluta y, por tanto, la convicción es firme, no hay ningún pesar. No se atisba asomo de duda. Pero podría Abraham, quizá, no haber sido tal caballero de la fe. Como Derrida plantea en un texto ya célebre, podría haber habido otro Abraham¹². Podría haber dudado.

Duda o convicción

Si se sigue la interpretación de Cohen (en cuanto a interpretar que «El sacrificio de Isaac» es traducible, también, como el sacrificio de la risa) y se lleva un paso más allá, queda un claro esquema dicotómico: si la convicción es representada por la fe, la duda es representada por la risa.

Esto es fácil de comprender a la luz de lo escrito al principio de este mismo texto: la risa parece discordante en el seno la razón. Cierto que la fe también lo es (discordante). Por algo también, se decía, es un absurdo. Pero hay una gran diferencia. La fe se basa en la creencia de que para Dios todo es posible y, por tanto, en una convicción (aunque esta sea no-racional). La risa, en cambio, es provocada por inadecuaciones y, lo más importante, por violación de reglas que, además, no son reiteradas en la expresión humorística y, por tanto, lejos de ratificarse se incentiva el difuminar esta misma norma, el aturdimiento y, por tanto, la duda¹³.

De este modo, el sacrificio de Isaac plantea una elección: o fe o risa. Si Dios está poniendo a prueba la fe de Abraham, solicitando que sacrifique la risa, es porque, parece, no hay lugar para ambas. Y si no hay lugar para ambas es porque, se entiende, deben ser incompatibles: así se ve cuando las traducimos por convicción y duda; no se puede estar en ambos lares a la vez¹⁴.

12 Derrida, Jacques (2009). «Abraham, el otro», en

<http://web.archive.org/web/20130730181922/http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/abraham.htm> (2014).

13 Este esquema dicotómico se ve como razonable a la luz del esquema de pensamiento (basado en un discurso metafísico) que ha imperado en buena parte de la historia del pensamiento occidental. Quizá, no obstante, como ha tratado de vislumbrar el pensamiento posmetafísico desde finales del siglo XIX, el problema radique propiamente en plantear estas dicotomías tan radicales.

14 Hay fragmentos del Génesis que ayudan a observar este choque entre fe y risa y, a su vez, a entenderlo como un choque entre convicción y duda. Pues si bien Abraham ríe al serle anunciado el nacimiento de su hijo Isaac («Cayó Abrahán rostro en tierra y rompió a reír, pensando para sí: “¿A un hombre de cien años le va a nacer un hijo? ¿Daré a luz Sara a los noventa años?”» [Gn 17, 17]), esta risa no es reprochada o censurada por Dios. Esta risa se puede entender como un colapso ante lo incomprensible: pero no hay duda en Abraham. No hay un cuestionamiento real sobre la posibilidad de llegar a tener a ese hijo, sino, más bien, asombro y alegría. En cambio, cuando Sara ríe («Rióse, pues, Sara en su interior pensando: “¿Voy a conocer yo el placer, ahora que ya estoy desgastada y con un marido viejo?” Dijo Yahveh a Abrahán: ¿Por qué se ha reído Sara pensando: “¿De veras voy a dar luz ahora que soy vieja?” ¿Es que hay algo imposible para Yahveh?» [Gn 18, 12-14]) sí que se produce un reproche. De hecho, Abraham exterioriza esta risa y Sara no. Dejando a un lado una posible misoginia latente en estos pasajes, lo que Yahveh le reprocha a Sara es que denota una duda («¿Es que hay algo imposible para Yahveh?»). Esta última risa, la de Sara, se puede entender como propiamente humorística: se produce al notar una inadecuación flagrante (Sara hace ya mucho que no está en edad de concebir), mientras que la de Abraham es considerada inofensiva pues, realmente, no es risa como tal: es meramente una reacción fisiológica desenfrenada ante el anuncio que Dios le hace (lo mismo que ríe, podría haber llorado, por ejemplo). No se trata, sin embargo, de decir que Sara queda fuera de la fe, pero tampoco de decir, como sostiene Cohen, que Sara está al mismo nivel en su fe para con Dios que Abraham. Más bien, habría que sostener una visión kierkegaardiana: Abraham es el único caballero de la fe. Es el único que, por tanto, en su fe (convicción) no entra la duda nunca.

La consumación (o no) del sacrificio

Ahora bien, la cuestión fundamental estriba en saber si el sacrificio se consume o no. Es evidente que Isaac no muere: una vez que Dios ha puesto a prueba la fe de Abraham, que se ha visto inquebrantable, rápido se le pide que deje a Isaac y este es sustituido por un carnero¹⁵. Pero lo que no queda tan claro es si el sacrificio queda consumado.

Según Ted Cohen, al no producirse la muerte de Isaac, se puede entender que el sacrificio no queda consumado. Que, quizá, Dios haya salvado la risa:

«If Isaac meant laughter when he was born, then does he not still mean that now, when God directs Abraham to sacrifice a ram but to free Isaac? Is not God Himself directing that laughter be freed and let loose in the world? Let us hope so» (Cohen, 2001: 55).

El final de esta cita muestra más un deseo que una certeza pero no es baladí dilucidar si, realmente, el sacrificio es consumado o no. No cabe duda de que la visión de Cohen es muy optimista respecto a la risa, pero tiene objeciones. Si bien Abraham no dudó en ningún momento y, pese a no comprenderlo, estaba dispuesto a sacrificar a Isaac, también es cierto que la risa no vuelve a aparecer más:

«Prodigioso había sido que lo absurdo llegase a ser realidad, y he aquí que ahora quería aniquilar su obra. Es una locura, pero esta vez Abraham no rió, como lo había hecho él y Sara cuando se les anunció la promesa» (Kierkegaard, 2009: 68).

Puede parecer lógico, y ciertamente lo es, que tras lo vivido no aparezca más la risa en Abraham. Si se trasladara a un caso actual que atañera a un hombre de este tiempo, tampoco se podría pretender que riera tras haber superado tal trago. No obstante, no se debe olvidar que en este texto Abraham no es una persona más: es el patriarca, y, como tal, es ejemplo en cada palabra, en cada manifestación. La ausencia de risa no es anecdótica.

La cita de Kierkegaard, de todos modos, da para más. Cuando escribe que «prodigioso había sido que lo absurdo llegase a ser realidad», se tiene que comprender que Abraham ya estaba instalado en la convicción, en la seguridad, en la fe, mucho antes de que se le pidiera «el sacrificio de Isaac». Pues es por su fe que pudo nacer Isaac. Es, por tanto, la fe la que había dado a luz a la risa. Un absurdo parecía haber generado otro. Pero, tal vez, eso pudiera resultar peligroso...¹⁶

Para Kierkegaard, lo de menos en el sacrificio de Isaac es el resultado final: pues nada podría volver a ser igual. Si hay una moraleja de la historia de «el sacrificio de Isaac» es que la convicción prevalece ante la duda. Esta fue puesta a prueba y nunca más sería puesta a prueba de una manera tan grande.

¹⁵ Génesis 22, 12-13.

¹⁶ ¿Cómo pudo la convicción alumbrar la duda? Quizá ese sea el problema fundamental que se trate de resolver en el Génesis 22. Mostrar el significado, en mayúsculas, de la fe. La disposición de fe.

De Abraham a Jesús

La importancia de la resolución de «el sacrificio de Isaac» es mucho mayor de lo que, en un principio, se puede pensar. Entender como consumado o no este sacrificio es algo que marca la historia del pensamiento occidental.

Si, como se trata de sostener, el sacrificio se dio por consumado, significa que la risa se diluyó en la fe. Un absurdo generó otro, pero solo había lugar para uno de los dos en el marco de la Razón clásica occidental. De este modo, la risa no podría recibir buena consideración¹⁷.

No se deben ver, no obstante, las líneas de pensamiento tanto de Cohen y de Kierkegaard como corrientes aisladas, sino, más bien, como representativas de su tradición (judaica y cristiana).

Si se sigue la tradición judaica, el carnero seguirá siendo objeto de sacrificio, podrá sustituir plenamente a Isaac, porque en el judaísmo el ritualismo del sacrificio aún tiene un peso específico: la redención del pecado¹⁸.

Pero en el cristianismo ya no hay pecado que redimir a través del sacrificio ritual, pues Cristo redimió el pecado original para siempre¹⁹.

Esta puede ser una razón que explique, al menos en parte, la deriva de la risa en ambas tradiciones.

Es por ello que, según la línea cristiana, un carnero nunca podrá sustituir a Isaac. Y aunque Isaac no muera, no significa que no haya sacrificio: pues se sacrifica la risa, concebida como duda. Materia y sacrificio ya no van aunados. Todo sacrificio físico ritual queda anulado: Cristo carga con todo.

El carnero, por tanto, nunca podrá ocupar el lugar de Isaac y, realmente, Isaac quedará ya sacrificado por la convicción de Abraham: la diferencia entre haber muerto o no, no reside en Abraham, sino en la voluntad de Dios. Pero Abraham ya, por su convicción, ha sacrificado a Isaac. Ya no tiene dudas: por tanto, ya no reirá más²⁰.

Para el cristianismo, Jesús significa una culminación: es el mesías, y también es el «rey de los judíos»²¹, con lo que, formalmente, se puede entender que Jesús asume el patriarcado de Abraham. Con lo cual, en Jesús ya está sacrificada la risa (pues, se insiste, para un cristiano Isaac quedó formalmente sacrificado al no poder ser, en ningún momento, sustituido por el carnero).

17 Ya en el Antiguo Testamento se hace una distinción entre dos expresiones hebreas: «sakhaq», que viene a significar «risa feliz», y «iaag», que significa «risa burlona». Una posible interpretación más detallada del sacrificio de Isaac sugiere que, en realidad, lo que Dios solicita a Abraham es que sacrifique a «iaag» (que, de hecho, se asemeja mucho a «Isaac»). No obstante, tal y como se ha visto en la nota 13 de este mismo escrito, la exigencia para ser considerada una risa como «risa burlona» es baja: a Sara se le recrimina que ría (aunque sea en su fuero interno), pese a que lo único que parece producirse es estupefacción y la notación por parte de ella de una inadecuación tremenda: entre su edad y la posibilidad de desarrollar su maternidad. En cambio, la única risa tolerada, la de Abraham, es una risa no solo totalmente inocua (pues es, más bien, casi fisiológica), sino muy ajena a cualquier pretensión humorística. Es, por tanto, fácil poder concluir que, en realidad, «iaag» puede atañer a toda risa humorística: no solo a una risa con un carácter marcadamente despectivo y que, de este modo, se considera como duda prácticamente toda risa.

18 Levítico 4, 35 y 5, 10.

19 Juan 1, 29.

20 Cabe insistir en que, realmente, Abraham nunca rió de forma similar a como lo hizo Sara o cualquier persona que se «ría humorísticamente». Al ser el caballero de la fe, siempre estuvo en el terreno de la convicción y «el sacrificio de Isaac» no aporta nada más que clarificar su situación previa.

21 Mateo 2, 1-2.

«Jamás cedió a la risa»

Siguiendo esta hipótesis se hace comprensible la expresión, cuasi popular, de que «Jesús nunca se rió» y que tiene su fundamento en textos como este fragmento de las *Pequeñas reglas* de San Basilio:

«El Señor se hizo cargo de todas las pasiones corporales inseparables de la naturaleza humana (...) Sin embargo, como atestiguan los relatos evangélicos [...] jamás cedió a la risa. Al contrario, llamó infelices a quienes se dejan dominar por la risa»²².

No deja de ser curioso que se recalque cómo Jesús se hizo cargo de todas las pasiones humanas pero... «jamás cedió a la risa». No se puede negar que este pasaje podría estar sujeto a múltiples interpretaciones, pero también es innegable que, en la mayor parte de ellas, sería difícil poder decir que la risa recibe una buena consideración en las *Pequeñas reglas*.

Es bastante obvio que proseguir con esta línea argumental conllevaría unas consecuencias que superan, por mucho, la pretensión de este breve texto introductorio. Ahora bien, cabe esperar que esta introducción pueda ser una piedra de toque sobre la que poder estudiar el rastro de la risa humorística, y las expresiones de las que se deriva, en la historia de Occidente.

22 Eco, Umberto (2007), *Historia de la fealdad*, (trad. María Pons Irazazábal), Barcelona, Lumen, p. 134.